

## ASPECTOS DE LA CULTURA DOMINICANA

*Pedro Troncoso Sánchez*

Es bien sabido que Santo Domingo fué el primer esblecimiento colonial de América y la isla de donde primeramente irradió, con notable esplendor, la cultura europea en las tierras descubiertas por Cristóbal Colón.

Allí se fundaron, en las postrimerías del siglo XV y el curso del XVI, las primeras ciudades, iglesias y sedes episcopales y, con los primeros conventos, las primeras universidades y escuelas. Mientras otras tierras eran descubiertas y conquistadas o estaban por serlo, en Santo Domingo se instalaba la primera Real Audiencia del Nuevo Mundo; juristas, teólogos y gramáticos enseñaban y trabajaban entre la población española e indígena, y escritores, cronistas y poetas componían el primer capítulo de la historia literaria americana. Allí también se continuó una vigorosa vida de cultura a lo largo de la era colonial.

Todo esto está perfectamente establecido en la obra consagrada a la materia por mi ilustre compatriota el profesor Pedro Henríquez Ureña, de la Universidades de Buenos Aires y La Plata, y a ella remito al estudioso que desee detalles y comprobaciones documentales.

En Santo Domingo vivieron y escribieron el famoso cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo; el historiador y filántropo Fray Bartolomé de las Casas; el alabado autor de Elegías de varones ilustres de Indias, Juan de Castellanos; los grandes poetas del Siglo de Oro Tirso de Molina y Bernardo de Valbuena; el predicador Fray Alonso de Cabrera y el naturalista José de Acosta. Allí resonó, santa airada, la voz de Fray Antonio de Montesinos en defensa de los oprimidos indios.

El ambiente refinado de la colonia no pudo menos que propiciar, desde temprano, la formación de numerosas gentes de letras en la población criolla, entre las cuales son singularmente notables, en el siglo XVI, doña Elvira de Mendoza y doña Leonor de Ovando, primeras poetisas del Nuevo Mundo.

---

*(Conferencia pronunciada en el paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires el 15 de octubre del año 1943. Fue publicada en la Revista Educación, No. 81, año 1946).*

No sólo mereció Santo Domingo la designación de “Cuna de América”, sino que es fama que su capital, foco principal de sabiduría en el primer siglo del Descubrimiento, fue por ello llamada la “A tenas del Nuevo Mundo”.

La Universidad de Santo Tomás de Aquino, primada de América, con los privilegios de las de Alcalá de Henares y Salamanca, fue instituída por bula del pontífice Paulo III el 28 de octubre de 1538, y la de Santiago de la Paz en 1540. Servidas por catedráticos competentes, muchos de los cuales dejaron obra estimable, a ellas concurrieron—especialmente a la primera, que sobrevivió a la otra—, en todo el transcurso de la era colonial, no solamente jóvenes de la propia isla, sino estudiantes de las tierras circunvecinas. Los antiguos registros de la institución demuestran que hasta 1823 acudía a ella, en grupos nutridos, la juventud de Cuba, Puerto Rico y Venezuela.

No obstante la despoblación de que es víctima el país en el siglo XVII, al desviarse el interés de los colonos hacia suelos más ricos en minerales, y a pesar de la pobreza que a ella subsigue en el siglo XVIII, Santo Domingo continúa sosteniendo con brillo su vida cultural y la historia puede anotar en ese lapso los nombres de personalidades notables por inteligencia y sapiencia, tales como el predicador Diego de Alvarado, el escritor Luis Jerónimo de Alcocer, el poeta Francisco Morillas, el famoso obispo, que lo fue de Nicaragua y de Cuba, Pedro Agustín Morrell de Santa Cruz, y el historiador y tribuno Antonio Sánchez Valverde.

Los primeros veintiún años del siglo XIX, que corresponden a los últimos de la colonia, contemplan en Santo Domingo a ilustres varones que dedican sus talentos a las letras y a las artes o a las actividades públicas que dieron carácter a aquel período de transformación política y social. Sobresalen en esa época el glorioso José María de Heredia, el “cantor del Niágara”, nacido en Cuba de padres dominicanos; Francisco Javier Foxá, el dramaturgo; Esteban Pichardo, el lexicógrafo; Antonio del Monte y Tejada, el historiador; Francisco Muñoz Del Monte, el poeta; Andrés López de Medrano, autor de un tratado de lógica; el noble Pedro Valera y Jiménez, primer arzobispo dominicano, y Francisco Javier Caro, el político. Pero por sobre todos debo hacer mención especial de dos, por su decisiva significación en nuestra historia. Son el caudillo de la guerra de reincorporación a España, de 1808, brigadier Juan Sánchez Ramírez; y el doctor José Núñez de Cáceres, jefe del movimiento de independencia de 1821.

En uno de los vaivenes característicos de nuestra inquieta era colonial, Santo Domingo había ido a caer en manos de los franceses al final del siglo XVIII, y, a pesar de que bajo su dominación el país progresaba, la población permanecía tan española de corazón, que los propios crio-

llos organizaron una guerra contra las fuerzas que había enviado allí el primer Cónsul Bonaparte, y la ganaron. El jefe de ese heroico movimiento fue, como ya dije, el brigadier Juan Sánchez Ramírez, cuyas dotes de guerrero fueron extraordinarias. Puso en pié de guerra a toda la colonia y con un ejército improvisado derrotó en una batalla campal a los bien adiestrados y flamantes regimientos napoleónicos, dirigidos por estrategos de escuela. Con esta gran empresa, acometida por amor a España, se salvó la homogeneidad de nuestra filiación, que permitió al pueblo dominicano conservar una personalidad definida al través de los peligros que amenazaron adulterarla. Según fue hábil, activo y valeroso como soldado, fue también Sánchez Ramírez prudente como gobernante, una vez reintegrada la colonia al seno de la vieja metrópoli. Aparte de lo que le debe la Patria, los historiadores le agradecen haber dejado un diario que les permite reconstruir con exactitud aquel período de nuestra historia.

En 1821, el huracán de libertad que cubría a la América Española, de un extremo a otro, conmovió las almas en Santo Domingo, y allí sonó también la hora de la independencia, tocada por el sabio doctor José Núñez de Cáceres, Rector de la Universidad y hombre cuyo pensamiento y acción orientadores ejercían gran influencia en la masa del pueblo. La clase culta y la gente de armas se solidarizaron con su propósito, y después de una inteligente preparación se dió simultáneamente el golpe el 1.º de diciembre en todas las poblaciones, sin derramamiento de sangre. Empero, una circunstancia ominosa, que no es del caso exponer ahora, malogró prontamente la obra de la emancipación, que quedó aplazada hasta 1844, año en que realmente comienza, con caracteres de permanencia, nuestra vida republicana. De Núñez de Cáceres, erudito escritor y mediano poeta, se conservan algunos interesantes escritos y un epinicio a las huestes triunfadoras de Juan Sánchez Ramírez.

\*

La más rápida ojeada a la cultura dominicana en la era independiente no podría dejar de comenzar con el nombre de Juan Pablo Duarte, apóstol y fundador de la República. Aquel varón ilustre, ejemplo de patriotismo inmaculado, abnegado y sereno hasta la santidad, creó y presidió la sociedad secreta La Trinitaria y en su seno enseñó filosofía y ciencias e inculcó a la juventud las ideas de libertad que culminaron con el grito emancipador del 27 de febrero de 1844. En su mente y en su cuaderno de apuntes vivió la República, con su constitución democrática, su escudo y su bandera, antes que en la realidad, y fue él el primero en la idea, en el esfuerzo, en la elevación espiritual y más tarde, como San Martín, en la renuncia.

Duarte se había educado en Barcelona y allí su espíritu se había templado en el espectáculo de la lucha por los fueros de Cataluña. Promete-

diaba la primera mitad del siglo XIX y en la ciudad condal tomaban también nuevo vigor las doctrinas filosóficas de Raimundo Lulio. en ellas hubo de iniciarse el joven antillano, comunicando a su alma una modalidad mística que no abandonó nunca más. En la forma como organizó la agrupación patricia que gestó la independencia puede verse la influencia que tuvieron los juegos mágicos del “Ars Magna” y en el lema, el escudo y la bandera de la nueva patria concebida por él, así como en el juramento que redactó para los “trinitarios”, que tal se llamaban los miembros de la sociedad “La Trinitaria”, se revela una perenne actitud religiosa. Dios y la Santísima Trinidad son siempre el primer objeto de su pensamiento, hizo de la cruz nuestra bandera y en el escudo puso la Biblia abierta en la primera página del evangelio de San Juan. “En el principio era el Verbo” leemos allí con unción los dominicanos. Quien sabe qué necesidad de su espíritu llevó al Fundador a perpetuar en el emblema de la patria soñada y realizada el supremo sentimiento de misterio encerrado en el primer versículo del Evangelista.

Para completar la silueta de este místico y libertador, debo añadir que nunca contrajo nupcias ni dejó descendencia. Su íntimo desposorio con la patria no le dejó tiempo para unirse con mujer terrena, y esta circunstancia contribuye a dar contornos de mayor idealidad a su figura paradigmática.

A continuación del Padre de la Patria, se impone citar a los próceres máximos Francisco del Rosario Sánchez, y Ramón Mella, el primero hombre de letras por vocación, militar por obra de las circunstancias, y héroe por sobre todas las cosas; y el segundo soldado de corazón, impulsivo y arrojado. Sánchez fue uno de los primeros jóvenes que trabó una amistad fraternal con Duarte, al regresar éste al país, y ambos fueron uno en el anhelo de hacer nuestro pueblo una república, independiente. Era alto, magro, fornido, con aire singularmente atrayente y dotado de un alma angélica; ejerció la abogacía, y toda su vida fue una prueba de que nació para el sacrificio y el martirio final. Estos rasgos me llevan siempre a compararlo con Lincoln. De él se cuentan, además, como del yanqui iluminado, defensas muy curiosas hechas en el desempeño de su profesión. Con Duarte hizo la República en 1844, tocándole a él la fortuna de ser el ejecutor material de la fundación, mientras el primero permanecía en obligado ostracismo; y más tarde, en 1861, organizó por designio propio una expedición con objeto de librar al suelo patrio de una nueva anexión a España que se había consumado. Para ponderar todo el valor de esta última acción de Sánchez, habría que conocer en detalle las amarguras que le había costado desde la juventud ser un patriota puro, y los mil motivos de decepción que había tenido, ante los cuales se hubiera rendido cualquier espíritu fuerte. Estaba enfermo, además. El héroe entró al territorio dominicano, con su grupo de conjurados, por la frontera que nos separa de la República de Haití, y a poco cayó en una cela-

da. Herido y prisionero, fue conducido ante un consejo de guerra que tenía órdenes de condenarlo, a él y a sus compañeros, a la última pena. Sánchez se irguió ante aquellos rudos jueces de campaña, sabiendo ya la suerte que les esperaba, y con elocuencia y energía produjo una defensa cuyo fundamento fue el siguiente: él y sus partidarios no habían faltado a la constitución y a las leyes de la República Dominicana, únicas legítimas en el ámbito nacional, puesto que precisamente habían ido a restaurarlas. No había pues motivos para juzgarlos. Por otra parte, el tribunal ante el cual comparecía era ilegal y arbitrario, y desconocía su autoridad, por estar regido por normas extrañas a la soberanía patria. Se declaró, por último único responsable de los hechos. Dictada la sentencia fatal, fue puesto en capilla y suplicó le trajesen una Biblia. Con ella en las manos y en el alma pasó serenamente la noche. Cuando al alba le conducían al patíbulo, llevado en una silla por sus heridas y enfermedad, la gente le vió todavía con el libro sagrado y le oyó repetir en latín el salmo de David: “Tibi solipeccavi et malum coram te feci”.

El otro prócer a que me he referido, el General Ramón Mella, fue el impetuoso paladín que la noche del 27 de febrero de 1844, fijada para lanzar el grito de independencia, incendió los corazones con su actitud decidida. En un momento en que, por tardar en acudir a la cita algunos de los conjurados, asomó tímidamente su lívida faz el desaliento, hizo cumplir sin tardanza el propósito heroico de hacer patria, costara lo que costara, disparando al aire su trabuco. Mella fue también héroe de nuestra guerra contra España, en 1863, y en el curso de la campaña murió minado por la fiebre. Cuentan que, en trance ya de muerte, las escasas fuerzas que le quedaban, postrado en el lecho, la dedicaba a seguir la suerte de un combate que se libraba en las cercanías de su acantonamiento, y al advertir que los disparos se oían cada vez más distantes, señal de que el enemigo se retiraba, exclamó: “Se alejan los tiros, se alejan los tiros. Viva la República Dominicana”, y al momento expiró.

Con Duarte, Sánchez y Mella, contribuyeron en grado eminente a crear y consolidar la nueva nacionalidad Antonio Duvergé, José Joaquín Puello, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina y José María Serra, autor este último de unos Apuntes para la historia de los trinitarios, trinitario él también, y de una inflamada descripción de los sucesos del 27 de febrero, reveladora de que su alma estaba poseída del misticismo patriótico que infundó Duarte a su grupo de jóvenes, y de que le ligaba al maestro y jefe, como todos los trinitarios, un entrañable amor que hace recordar el que profesaban a Jesús sus discípulos.

Cierro las referencias a este período heroico de constitución y afianzamiento de la República con el nombre de Gregorio Luperón, soldado y escritor, principal conductor de la guerra de restauración contra España de 1863 a 1865, émulo y amigo de los adalides de la libertad de

América en la segunda mitad del siglo XIX: Martí, Hostos, Betances. Dejó extensa obra escrita sobre los sucesos en que estuvo y acerca de sus contemporáneos, que hoy constituye un inapreciable documento para la historia. La mayor gloria de nuestro Luperón puede sintetizarse en esta frase: Su brazo armado fue en todo momento un instrumento para la realización de elevados ideales.

\*

La contribución de Santo Domingo al acervo cultural de América no comprende solamente escritores, artistas, sabios y héroes. Cuenta también con un santo: el presbítero Francisco Xavier Billini, cuya vida duró entre los años 1837 y 1890. Dotado de un amor inmenso a sus semejantes, consagró totalmente sus actividades al socorro de los desvalidos: niños huérfanos, ancianos, enfermos y dementes sin fortuna, y a la mejor educación de la juventud pudiente y no pudiente, dejando para esos fines instituciones perdurables. No obstante que la época en que vivió fue de gran pobreza en Santo Domingo, a causa de las guerras internacionales e intestinas en que el país se había visto envuelto, el Padre Billini— como le llamaron sus contemporáneos y le sigue designando la posteridad—sacó recursos de la nada, y como por obra de milagro, multiplicando en una lucha sin tregua los esfuerzos de su prodigiosa energía, fundó y sostuvo al mismo tiempo el primer orfelinato y el primer manicomio del país, un hospital de beneficencia y un gran colegio de enseñanza primaria y secundaria. Nuevo Toribio de Mogrovejo, salía además por las calles y los campos como el ángel de la caridad a enjugar lágrimas y prodigar consuelos a la gente dolorida; a dar alimento material y espiritual a los hambrientos y descaminados; a ofrecer albergue, vestido e instrucción a los desamparados, desnudos e ignorantes. Entre los poderosos y los humildes eran tan amado como respetado. A los primeros les exigía su ayuda en tono de tan firme decisión, que anulaba toda excusa, y los segundos se arrodillaban para besar su mano siempre llena de bendiciones. No hubo comerciante ni capitalista que se atreviera a negar un pedido al Padre Billini. Le sostenía su irresistible energía personal—no obstante ser “mínimo y dulce” como Francisco de Asís— y una autoridad moral irreprochable. De este modo hacía él la caridad y obligaba a los pudientes a ejercerla. El rezongo de los últimos era pronto acallado por la seguridad de que las frazadas o las provisiones regaladas al Padre Billini servirían para cubrir y alimentar a muchos desgraciados.

Su vida de caridad no le impidió cumplir los deberes del sacerdote en la iglesia, y así, una vez, siendo cura de la Catedral de Santo Domingo, y encontrándola en malas condiciones, dispuso unos trabajos de reparación del edificio. Cuando se ejecutaban los mismos, un obrero que practicaba una excavación en el presbiterio, dió con una pequeña bóveda y dentro de ella con una cajita de bronce que decía: “Ilustre y esclarecido varón

Don Cristóbal Colón”. Era el 10 de septiembre de 1877. Enterados el gobierno y el pueblo del portentoso hallazgo, revelador de que no habían sido los huesos del Descubridor los trasladados en 1795 de Santo Domingo a la Habana y luego a Sevilla, sino aquellos, se colmó de gentes y autoridades el santo recinto para oír de labios del Arzobispo Cocchia el relato de lo ocurrido. Una vez cumplido ésto y exhibida al público la urna encontrada, cuya autenticidad era de absoluta evidencia, el mitrado anunció solemnemente que los restos del insigne nauta quedarían bajo su inmediata custodia en lo que se les asignaba lugar definitivo. Entonces, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, comenzaron a salir mil voces que resonaban con insistencia en las bóvedas del templo: “¡Qué sea el Padre Billini! ¡Que sea el Padre Billini!” Al arzobispo no le quedó más camino que acatar el clamor popular, y el santo sacerdote tomó a su cargo la guarda de los venerables despojos hasta que se colocaron en el suntuoso mausoleo en que hoy se encuentran. Después de aquel día se vió al Padre Billini andar siempre sin sombrero por las calles. “Debo permanecer descubierto ante un pueblo que me ha dado tan grande prueba de amor y confianza”, fué su explicación. Hace poco se ha comenzado a gestionar la preparación del proceso de su beatificación.

En la historia de la República Dominicana sobresales con acentuado relieve otro sacerdote que fue arzobispo de Santo Domingo y presidente de la nación: Monseñor Fernando Arturo de Meriño. Pero en este señor de cumbres— que tuvo una humildísima cuna campesina— no son los caracteres que hicieron inmortal al filántropo Billini los que le presentan a la admiración de la posteridad, aun cuando, por añadidura, fue también caritativo. Su mérito extraordinario está en haber sido el más grande orador dominicano de todos los tiempos, virtud que se completaba con un puro patriotismo y un valor cívico a toda prueba. Sus discursos, sagrados y profanos, pronunciados en su patria y en Venezuela, donde residió un tiempo, fueron incontables. Los discípulos del prelado—porque fue también maestro—compilaron algunos de los notables: entre ellos los pronunciados en ocasión del cuarto centenario de América; en la inauguración del Instituto Profesional, del que fue rector; y en la apoteosis de Juan Pablo Duarte. También sus sermones y cartas pastorales. El por su parte, publicó unos Elementos de Geografía Física, Política e Histórica de la República Dominicana.

Para poner de manifiesto el grado a que llegó la hombría de aquel ministro del Señor, presentaré un sólo rasgo de su vida política: En una ocasión, siendo presidente de la Asamblea Legislativa, debía tomarle el juramento de rigor al jefe del Estado recién proclamado, general Buenaventura Báez, hombre de mano fuerte que ya había gobernado despóticamente y que durante la guerra con España, de 1863 a 1865, había permanecido en el extranjero, no obstante ser el jefe del partido político más numeroso del país. Presa de amargura con este motivo, en plena ceremonia le en-

rostró al férreo caudillo un discurso en que valerosamente le dijo lo indigno que era de volver a ocupar la presidencia de la República.

He aquí dos párrafos de la famosa filípica:

“ ¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia! Mientras andabais vagando por playas extranjeras, extraño a los acontecimientos verificados en nuestra Patria, cuando parecía que estabais más alejado del solio y que el poder supremo sería confiado a la diestra vencedora de algunos de los adalides de la Independencia o la Restauración. . . tienen lugar en este país sucesos extraordinarios ... Vuestra estrella se levanta sobre los horizontes de la República y se os llama a ocupar la silla de la primera magistratura. ¡Tan inesperado acontecimiento tiene aún atónitos a muchos que lo contemplan!

Empero, yo, que sólo debo hablaros el lenguaje franco de la verdad, que he sido aleccionado como vos en la escuela del infortunio, en la que se estudian con provecho las raras vicisitudes de la vida, no prescindiré de deciros que no os alucinéis por ello, que en pueblos como el nuestro, valiéndome de la expresión de un ilustre orador americano: “tan fácil es pasar del destierro al solio como descender de éste ante la barra del senado. . .”

Es de suponer la impresión que estas palabras causaron en el soberbio caudillo y en la multitud de adictos que le rodeaba. Uno de ellos, queriendo contrarrestar el estupor reinante y reencender el entusiasmo en sus copartidarios, gritó: “ ¡Viva el Presidente Vitalicio!” Rápidamente la voz de Meriño se impuso como un trueno: “ ¡Vitalicio no! ¡Temporal, alternativo y responsable!”

A la misma generación pertenecen el historiador José Gabriel García, el novelista Manuel de Jesús Gaván, el escritor y erudito Emiliano Tejera, el dominicano Libertador de Cuba, Máximo Gómez, y el insigne maestro, nacido en Puerto Rico, Eugenio María Hostos.

Los tres primeros figuran en la historia de la cultura dominicana no solamente porque hicieron labor literaria, sino porque participaron en las actividades políticas y ofrecieron sus luces en la conducción de los negocios públicos y en la solución de problemas de interés general. Ya se ha observado ese fenómeno característico de nuestras jóvenes repúblicas en el período confuso que siguió a la independencia, época de educación cívica del pueblo y de adecuación de las instituciones a la realidad física y social de cada país; ninguna persona inteligente pudo sustraerse al deber de ayudar en la construcción política de la nación, para dedicarse exclusivamente a una labor de pensamiento, investigación o arte. La obra de los escritores de que me ocupo fue, sin embargo, predominantemente literaria, razón por la cual me referiré a este aspecto solamente.

José Gabriel García tiene para nosotros el mérito singular de haber realizado la formidable empresa de hacer la historia de Santo Domingo.



Antes de la suya hubo seguramente obras históricas dominicanas de importancia, como la del ya citado Antonio Del Monte y Tejada, pero no una que abarcara sin huecos todos los períodos, desde la época precolombina hasta la contemporánea, y que comprendiera, en lo posible, todos los aspectos de nuestra comunidad. Con empeño heroico consagró su vida, desde la adolescencia hasta la muerte, a la realización de la obra, afrontando sin desmayar, en el trabajo de investigación, los obstáculos sin cuento que le oponían la época y el medio. La Historia de Santo Domingo, de García, se editó primeramente en cinco tomos; después en cuatro. Pero su labor de historiador no se limitó a esto. También publicó siete obras más, entre libros y folletos, con monografías, biografías, memorias, compendios y libros de lectura.

El nombre de Manuel de Jesús Galván está vinculado a una sola obra; su novela histórica Enriquillo, en que cobra vida y encanto el primer período colonial de Santo Domingo. Calificado hace tiempo por nuestro crítico Américo Lugo como dominicano de más talento literario, es fama todavía que su obra máxima, la única que salva su recuerdo, es la mejor novela dominicana, y aun más, la mejor obra dominicana en prosa. No sé si este juicio es ahora la aplicación de una ley de comodidad mental que hace repetir ciertas ideas sin suficiente consideración crítica, o si es el fruto de un concienzudo análisis de nuestra producción literaria pasada y presente; lo cierto es que desde la aparición de la famosa Enriquillo, cuyo alto valor indiscutible hizo las delicias de mi adolescencia, se han escrito en Santo Domingo obras en prosa de méritos tales que hacen cada vez más difícil el problema de la comparación.

El personaje cuyo nombre sirve de título a la obra es un cacique indígena cristianizado que se alzó contra los españoles y estuvo catorce años sublevado en las montañas del Bahoruco, hasta que el poderoso Carlos V envió un emisario a pactar con él la paz. Agregaré como dato interesante que el tratado que en aquella ocasión se celebró, compuesto de varias cláusulas, entre el soberbio monarca hispano, dueño de medio mundo, y el bravo cacique de la Isla Española, fue el primero que se firmó entre un soberano europeo y uno americano.

Emiliano Tejera fue una figura de gran prestancia intelectual y moral a fines del pasado siglo y comienzo del presente. De honrada inteligencia, y escritor erudito de bello estilo, se dedicó con amor al estudio de nuestra historia y a enseñar. A pesar de que no gustaba de intervenir en política, aceptó desempeñar elevadas funciones públicas cuando fue llamado a ellas en épocas difíciles. Una vez se le envió ante el Papa León XIII, nombrado árbitro en nuestras diferencias fronterizas con Haití, y presentó una memoria en defensa del punto de vista dominicano, notable por la fuerza de su argumentación, que luego fue publicada en francés. Se dedicó al estudio del Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, cuya amis-

tad cultivó, y escribió sobre él dos libros; pero sus obras principales fueron los dos volúmenes que produjo para establecer la irrefutable autenticidad de los restos del Descubridor de América, hallados en la catedral de Santo Domingo en 1877 después de haber permanecido allí ocultos desde el siglo XVII por temor a que fueran profanados por los corsarios ingleses y franceses que a menudo castigaban la isla; y para negársela en absoluto a los llevados a la Habana en 1795 y luego a Sevilla, tenidos hasta el momento de aquel hallazgo como los de Cristóbal Colón e identificados después como los de su hijo Don Diego.

El libertador Máximo Gómez es dominicano y se hizo hombre en Santo Domingo, pero su gloria es principalmente de Cuba. Por eso me limito aquí a mencionar su augusto nombre, rindiendo homenaje al héroe que, al frente del bravo ejército cubano que hizo la independencia, asombró al mundo con sus hazañas.

En cambio el gran pensador de América Eugenio María Hostos, sin ser dominicano, pertenece de lleno a la historia de nuestra cultura, ya que entre nosotros se estableció, reformó la enseñanza, escribió algunas de sus obras, y brindó su prédica a un grupo de discípulos dominicanos que luego fueron maestros a su vez o figuraron de otro modo en los primeros puestos de la vida nacional. Con seguridad, ningún otro maestro ha tenido una influencia tan grande en nuestra evolución política, social y educativa como el ilustre puertorriqueño, cuyas doctrinas en sociología, moral social, educación y derecho constitucional se repiten todavía en Santo Domingo casi convertidas en dogmas.

La poesía ha sido y es en Santo Domingo flor muy abundante. El número de sus vates sobrepasa al de los cultores de otras partes y de las ciencias. Para referirme a los correspondientes a la era republicana, elegiré cuatro nombre ilustres que pertenecen a nuestro romanticismo de los últimos años del siglo XIX: Salomé Ureña de Henríquez, José Joaquín Pérez, Gastón Fernando Deligne y Arturo Pellerano Castro.

Considerada por un reputado crítico como “la Corina que vence a todos nuestros Píndaros”, la eximia Salomé Ureña de Henríquez fulguró con majestad en el ambiente dominicano y al impulso de la admiración que provocaban los frutos de su genial talento poético, puesto al servicio de la patria, el progreso, la paz y la civilización, fue objeto en vida de grandes honores. No solamente es notable por su dedicación al verso, que en ella es pulcro y sonoro en la forma y noble y elevado en la idea. Sacudido una vez su espíritu dedicado por el rudo encuentro de sus ilusiones patrias con una hosca realidad, escribió el poema Sombras, de hondo acento trágico, y desde entonces, significativamente, la poesía dejó de ser en ella el quehacer frecuente y se consagró a la educación. Fundó un

Instituto de Señoritas en que puso en práctica los nuevos métodos de enseñanza preconizados por Hostos, con resultados cuyos beneficios recoge todavía la época actual.

Sombra comienza así:

Alzad del polvo inerte,  
del polvo arrebatad el arpa mía,  
melancólicos genios de mi suerte.  
Buscad una armonía  
triste como el afán que me tortura,  
que me cercan doquier sombras de muerte  
y rebosa en mi pecho la amargura.

Venid, que el alma siente  
morir la fe que al porvenir aguarda;  
venid, que se acobarda  
fatigando el espíritu doliente  
mirando alzar con ímpetu sañudo  
su torva faz al desencanto rudo,  
y al entusiasmo ardiente  
plegar las alas y abatir la frente.

¿No veis? Allá a los lejos  
nube de tempestad siniestra avanza  
que oscurece a su paso los reflejos  
del espléndido sol de la esperanza.  
Mirad cuál fugitivas  
las ilusiones van, del alma orgullo;  
no como ayer, altivas,  
hasta el éter azul tienden el vuelo,  
ni a recibir las, con piadoso arrullo,  
sus pórticos de luz entreabre el cielo.

José Joaquín Pérez descuella también triunfantemente en el parnaso dominicano con sus poesías indianistas y de otros asuntos. Consagró la mayor parte de sus poemas a cantar las glorias de los caciques indígenas que se sacrificaron en defensa de la libertad de sus pueblos cuando la conquista, y a recoger dulces leyendas de amor y de tragedia de la época precolombina. Es además muy hermosa su composición titulada El Junco Verde, relativa al primer indicio de tierra cercana que tuvieron Colón y sus marinos en las vísperas del descubrimiento; y tierna hasta sollozar otra llamada La Vuelta al Hogar, escrita por el poeta después de haber padecido seis años de destierro por causas políticas. De su poema El Voto de Anacaona son estos versos:

Esbelta como junco de la orilla  
de Ozama rumoroso, y sonrosada  
como esos caracoles que tapizan  
el extenso arenal de nuestras playas;

por finas plumas de variados tintes  
las sienes levemente acariciadas  
y de perlas y conchas carmesíes  
moviendo el cuello entre radiante sargas;  
con primor exquisito elaborado  
un flotante cendal de hilo de palma  
ciñiendo el talle, al recorrer los campos  
de su tierra feliz y codiciada;

—Tal es la digna esposa del valiente  
e indómito cacique de Maguana;—  
¡paloma tropical que el ala tiende  
y del águila el nido amante guarda!

Gastón Fernando Deligne es el poeta filósofo y sociólogo, de una erudición vastísima, que se propone educar al pueblo con sus versos. Muchos le consideran el príncipe de los líricos dominicanos, y en verdad tendría todos los títulos para merecer tan privilegiada calificación si su poesía no contuviera a veces demasiados elementos extrapoéticos, que por otra parte encierran valor como ideas dignas de figurar en la obra en prosa de un pensador. Tiene también composiciones en que pone de manifiesto su gran patriotismo, y cantos de amor con el ligero tono sentimental que le permitió su naturaleza predominantemente intelectual.

Su poema *En el Botado* se inicia con estos versos:

Cacique de una tribu de esmeralda,  
aquel palacio indígena, el bohío  
de la corta heredad a que respalda  
un monte, que a su vez respalda un río,  
cuando el idilio de un Adán silvestre  
y su costilla montaraz lo hiciera  
venturoso hospedaje,  
paraíso terrestre,  
lo más saliente y copetudo era  
del ameno paisaje.

Su flamante armazón de tabla oscura,  
su gris penacho de lucientes yaguas,  
hacían verberar con nuevas aguas  
la circunstante joya de verdura.

Aplanada en el techo  
se oxidaba la luz cual plata vieja  
o se colgaba a lomos y antepecho  
en rubia palidísima crineja.

No era sino común que se trepase  
un ruiseñor a su cumbrera holgada  
y en fugitivas notas ensayase  
la trémula canción de la alborada

El último de los poetas citados. Arturo Pellerano Castro, es entre nosotros el maestro del género criollista, que en él no fué artículo importado sino espontánea floración de su espíritu original, impregnado del aroma de la tierra. Sus Criollas, que así llamó a las composiciones del nuevo cuño, son un derroche de ingénua gracia campesina, fiel reflejo de la innata dulzura de nuestra gente rústica, bailadora, sonriente y hospitalaria, en cuya modalidad predomina la ascendencia india y española, con muy escasa influencia africana en algunas zonas. En Pellerano Castro no existe, por eso, el retumbante ritmo de la poesía afro-americana que más tarde se puso en boga y que poetas dominicanos han cultivado, no obstante ser expresión ajena a la tierra.

Su poema Americana, escrito en los días en que los cubanos conquistaban como leones su independencia, empieza así:

Cántame el viejo canto, el viejo canto,  
el de las notas bravas,  
el del aliento del pulmón de hércules,  
el del empuje de crecidas aguas.

Cántame el viejo verso, el verso heróico,  
el de la musa trágica,  
el del canto insurrecto en la manigua,  
el verso del clarín y de la diana.

¿No ves teñirse en púrpura los cielos?  
¿No ves la vieja guardia  
de pie, como un titán, en la trinchera,  
desceñida del cinto el arma blanca...?

¿No escuchas en el seno de las sombras  
la vibración de un arpa;  
una voz que departe en las alturas  
con el viejo coloso de la fábula?

¿No ves en el levante un punto de oro,  
una chispa que irradia,  
una visión de luz adolescente  
como la virgen proyección de un alma...?

¡Esa púrpura roja es el incendio!  
¡la aurora de la patria!  
esa legión que ciñe la trinchera  
es la legión titánica,  
la misma de Pichincha y Ayacucho,  
la misma del Naranjo y de las Guásimas!

¡Ese canto en la sombra es la epopeya!  
¡Es Homero que pasa!  
La musa de Junín que se despierta  
con su perfil de india americana!...

Para alumbrar otras parcelas esenciales del panorama cultural dominicano del siglo XIX, no podría dejar de intentar una ligera mención de nuestros músicos y pintores.

Entre los primeros sobresalen Juan Bautista Alfonseca, que en su época fué el centro de las actividades musicales de Santo Domingo y compuso música culta en varios géneros y piezas bailables típicas del país, como merengues y mangulinas; José Reyes, autor de nuestro canto nacional, un magnífico ejemplar de himno guerrero; y José María Arredondo, organista y compositor fecundo.

Entre los segundos están Alejandro Bonilla, pintor de amplios ambientes que reprodujo escenas de nuestra historia y dejó una colección de cuadros que son la mejor reminiscencia pictórica del Santo Domingo del siglo XIX; Luis Desangles, universal y criollo, notable por los magníficos ejemplares de arte impresionista que compuso; y Abelardo Rodríguez Urdaneta, que también fue escultor y por muchos años dirigió la Academia Nacional de Dibujo, Pintura y Escultura.

\*

Muchos son los que en la última generación tejen, con su talento y dedicación inteligente, el tapiz de nuestra cultura. Este se hace cada vez más equilibrado y armónico de formas y colores, y día a día cobra mayor variedad la gama de sus matices. Mientras una pléyade de pensadores y hombres de ciencia, que se desarrolla, dá consistencia al tejido fundamental, artistas y literatos comunican brillantez y galanura a los detalles ornamentales.

Con la tradición de un ilustre pasado y el estímulo de un presente próspero, Santo Domingo entrará en su segundo siglo de existencia independiente impulsado por robusta fé en sí mismo y animado de una firme voluntad de grandeza.